

Experiencias Modernas (III)

“Encontrarte que has sobrevivido a la ciudad de tu juventud es una experiencia moderna”. Jaime Gil de Biedma

Texto: **José Rivero**

Fotos: **JRS y Lanza**

Más barato que las entradas del cine era la audición de algunos programas de radio, en unos años en que los modelos de aparatos receptores se movían con una magnificencia significativa de chapados de maderas, piezas de baquelita y pocos plásticos todavía y un dial sorprendente y luminoso que viajaba en un movimiento circular de la mano de radio Luxemburgo a la BBC 1 para terminar, si se quería, en radio Vaticano o en Radio Andorra, emisora del Principado de Andorra. Frente a los modelos de algunos bares modestos de humo y vinazo, ocultos por una funda de cretona con cortinillas, emergían los primeros pick-ups con giradiscos en la parte superior sólo para discos de 45 revoluciones por minuto, que llamaban ostentosamente estandar-play. Casas como Philips, Optimus, Invicta o Iberia nos proponían formas de descubrir en el microsuro o tocadiscos la música de mis padres en la voz doblemente argentina de Elder Barber o en los compases de Glenn Miller o en la socorrida orquesta de Mantovani –engolado y con corbata de lazo–, también mucha música de películas que nos permitía oír aquello que no veíamos.

Para nosotros quedaban los discos mexicanos de Enrique Guzmán y sus “Cien kilos de barro” que se nos antojan pocos para la pareja fundacional del género humano Adán y Eva; de los encanijados Surfs y sus voces metálicas y divididas en escalas sonoras o de los Llopis, capaces de introducir desde México las primeras estructuras musicales de Estados Unidos con sabor a lo que todavía no se llamaba ni pop ni rock. ¡Ay el rock! que hizo escribir a alguna pluma ilustre “Algo falla en el planeta tierra: la locura del rock and roll”; también en 1964 “Psicosis de tontuna colectiva: 200.000 personas reciben a los escarabajos en Australia y producen 20 heridos”. La obsesión por cargarse a los Beatles –fueron tildados de viejos en 1965 y anunciaron el fin de la beatlemania al año siguiente–, fue paralela con la manía de cargarse a Françoise Sagan –no se puede vivir peligrosamente, escribió San Martín tras su accidente de coche–, a Baroja y Pasolini. La Sagan, cuyo “Bonjour tristesse” deslumbró y excitó la curiosidad de muchos; Baroja porque era básicamente un anticlerical y Pasolini por su sorpresivo “Evangelio según San Mateo” que desató una tormenta en un vaso de agua, con escritos de Echenique, San Martín y Juan Ignacio Morales. Los tres citados, eran un tridente de lo sospechoso;



Experiencias modernas es uno de los nueve relatos del volumen *Viajar de noche y otros relatos* que en 2001 José Rivero publicó en Puertollano con Intuición editorial S.L. dentro de la Colección de Narradores castellano-manchegos, dirigida por Manuel Juliá. Relatos que tienen, en algunos casos, una clara voluntad de representar un tiempo pasado y un espacio clausurado. Existen piezas como, *Tierras metálicas*, *telas de araña*, como *Grupo XIV*, como *El camino de las estrellas* y como *Experiencias modernas* que dejan transparentar rasgos autobiográficos del autor en un hilo del tiempo que aún cierta ficción con la rememoración de un pasado perdido. Ésta es la tercera de cuatro partes

al que se unía ahora estos chicos peludos denominados, despectivamente, Escarabajos. Mientras tanto Telefunken sacó su línea musical de aparatos con nombres serios como Wagner, Concierto, Allegretto o Viola, incluso Orquesta; aparatos más propios para audiciones cultas de Berlioz o de Strauss, o si no se podía con tanto con ese clamor de zarzuelas perpetuas. El más pequeño de ellos se llamaba Guateque para significar esas reuniones domésticas –vigiladas y consentidas de medias noches, aceitunas Machaca Moya y refrescos Orangina del doctor Trigo– donde los adolescentes de bien o de buenas familias, se miraban lánguidamente, mientras alguien desgranaba una canción por las esquinas de la sala.

Los guateques eran la salida convencional y pactada (¿...?) a la ausencia de Salas de juventud o Discotecas, que luego también se llamaron Boîtes. Todas esas faltas y omisiones se suplían con guateques y con bailes castos en salones parroquiales, bajo la atenta mirada sorpresiva de curas camuflados ya con jerséis y sin alzacuellos que querían pasar por uno de nosotros, por uno de los nuestros, para influirnos con sus ideas absurdas sobre el sexto mandamiento; mientras que Françoise Hardy sorprendida, destilaba toda la melancolía del mundo en un relato incomprensible de chicos y chicas que se daban la mano; o Adamo insistía en poner sus manos en las cinturas débiles de aquellas criaturas de ojos de agua y miedo. Más allá de todo ello, esos guateques eran un pretexto para abrazar a las chicas y descubrir los principios de una anatomía casi desconocida (¿verdad Toñete?), porque ni playas ni piscinas ni revistas ilustradas autorizadas, dejaban ver casi nada entre los tobillos y los hombros. Un tremendo espacio vacío, aquel en que Marilyn Monroe decía haber puesto el sexo: entre las piernas de Marlene Dietrich y los pechos de las maggoratas italianas del cine neorrealista.

Hoy todavía y hablando de neorrealismo, me resulta inexplicable que en abril de 1961 se organizara un Cine Forum sobre Rosellini; casi días después de que el canónigo catedralicio Julio García Campo nos advirtiera de que Jesucristo seguía sangrando de forma inexplicable, como si fuera un manantial inagotable o un venero salutífero. Don Julio, como le decían en casa, mitad gallego mitad castellano viejo, me había dado la comunión –junto a mi hermana Prado– en el Colegio de San José y aún puedo recordar una foto de los dos hermanos en la calle de Calatrava vestidos para la ocasión como una princesa y un príncipe, custodiados por el buen pastor de Zamora con teja y capa y mirada escrutadora hacia el fotógrafo que nos obligaba a esa breve inmortalidad del llamado día más feliz de mi vida.